

colección rúbrica



JOSÉ LUIS LABAD MARTÍNEZ



EL MOTÍN DE LOS GATOS

(El motín madrileño de 1699)

esstudio
ediciones

1

El pergamino y San Mateo

«Entre tantos estudios os admiré,
y entre tantas lisonjas de Señores,
que de necesidad tal vez suspire,
más tengo un bien en tantos disfavores,
que no es posible que la envidia mire:
dos libros, tres pinturas, cuatro flores».

LOPE DE VEGA (1562-1635)

El religioso se encontraba completamente desnudo, sus tripas esparcidas por la enorme cama. Un gran charco de sangre cubría las sábanas tiéndolas de un rojo intenso que daba escalofríos. Junto a él, una mujer, con una daga de vela en una mano y, en la otra, un pergamino sellado con lacre tan carmesí como la sangre derramada por el suelo. Aquella mujer, aterrada y temblando por el crimen que había cometido, pero satisfecha por la merecida venganza que se había cobrado, observaba la escena dantesca que se presentaba ante ella. Era consciente de la importancia y de la repercusión de lo que había realizado, y al mismo tiempo, de las consecuencias que traería para todos. Estaba segura de que, algún día, se conocería la verdadera historia, y el auténtico culpable de su desgracia perecería en el averno para toda la eternidad.

Se subió a la cama con la ayuda de la mujer que le acompañaba. Temblaba como un pajarillo indefenso. Descolgaron el cuadro

de San Mateo con mucha precaución y con gran esfuerzo. Detrás, no se apreciaba nada que diera a entender que allí estaba lo que buscaban, pero sus pesquisas les habían conducido hasta allí, y estaba segura de que en esa pared estaba lo que ella tanto deseaba. Sabían que en ese lugar estaba el codiciado documento. Una de las piedras tenía un color un poco más tenue; apretó con las dos manos y se abrió un compartimento. Rebuscó en el interior, entre los muchos papeles y varias bolsas, que presumiblemente contenían monedas. Al fin halló lo que estaba buscando: un pergamino lacrado con el sello de la Inquisición. Volvió a empujar la piedra para cerrar el lugar, colocaron en su sitio el cuadro de San Mateo y bajaron de la cama. Las dos mujeres se miraron y sonrieron. Aquel pergamino encerraba un secreto, una misiva demasiado comprometida para que estuviera en manos de gente sin escrúpulos. Su desagravio iba a concluir en poco tiempo, había sufrido barbarie y ultrajes durante muchos años, pero ahora se haría realidad su sueño, y se consumaría su venganza en breve.

Recordó que no había puesto el documento falso en el escondite para que nadie sospechara; se giró para volver a abrir la piedra y colocarlo en el punto en donde había sustraído el original.

Su compañera vigilaba la puerta con celo, muerta de miedo. Ruidos de espadas y fuertes golpes alertaron la presencia de individuos que subía apresuradamente a la habitación.

—Viene gente, mi señora —avisó.

Con rapidez, depositó la daga y el documento falso encima de la cama, escondiéndose velozmente tras uno de los cortinones. La joven iba tras ella, pero al ver el pergamino, se dio media vuelta para recogerlo, pensando que había sido un descuido involuntario y que era el verdadero. Tomó el documento y el cuchillo lo más rápido que pudo, pero no hubo tiempo para más; la puerta se abrió de golpe y aparecieron dos hombres que, con furia, le arrancaron de la mano el pergamino y, sin mediar palabra, asestaron un cruel tajo en su garganta, que no

la dejó proferir ni un mísero grito. Sus ojos quedaron abiertos, mirando hacia el cuadro de San Mateo.

Detrás de las cortinas, la mujer que dio las puñaladas al fraile contemplaba con espanto a su compañera seccionada por el cuello, y cómo la sangre se mezclaba con la del detestable religioso. Tal vez sin comprender nada; o tal vez sabía más de lo que todos suponían. Pero esa joven que ahora estaba sin vida se llevaría a la tumba el secreto. Quizás saliera a la luz más tarde o más temprano; pero seguro que aquel acto cruel y canalla sería el cerillo que prendería la mecha contra la tiranía de los gobernantes de Madrid. Y también, contra la caduca y enfermiza Inquisición Católica, que tanto temor causaba en la población de aquellos tiempos, en la que Carlos II se debatía entre grandes males para España y para la continuidad de la Casa de los Habsburgo.

Los mercenarios salieron dejando muerte a su paso: criados y guardias yacían sin vida por los suelos. Un inmenso charco de sangre cubría las baldosas de la entrada. El horror había entrado en el palacio, dejando a la Parca frotándose las manos y esperando a recoger los frutos de esa tragedia. Aquel lugar olería a muerte durante mucho tiempo. Ajustaron sus monturas y salieron galopando como si el mismísimo diablo los persiguiera.

La mujer comprobó que mantenía el pergamino con ella. Verificó con gran pena que su amiga estaba sin vida. Desolada y con una mueca de dolor en el rostro, cerró los ojos a la difunta. Se santiguó y se compuso como pudo. Pensó si el lugar que había previsto para ocultarlo y que no se perdiera era el correcto. Tenía que esconderlo; aquellos hombres volverían a por él en cuanto se dieran cuenta de que el que se tenían estaba en blanco.

Temía que la estuviesen esperando. Indagó la situación, y al ver que no había nadie, sorteó el cadáver de su amiga, que yacía en el suelo sin vida, abandonando la alcoba, y apresurándose a llegar hasta la habitación secreta del religioso que estaba junto a la cabecera de la cama.

En el exterior tan solo se oía su respiración entrecortada. Había cumplido su juramento y se dirigía al bosque que tenía al sur.

La tormenta caía sin tregua en la villa, no podían detenerse; la cita, en una venta a las afueras de Madrid, era la prioridad de aquellos hombres. Allí les esperaba un enigmático personaje que les daría una buena bolsa por la entrega de ese documento tanpreciado y por la afirmación de que todo estaba solucionado.

Entraron en la venta. Sus ropajes estaban empapados, y el agua caía al suelo desde las alas de sus sombreros. Uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, tomó un sucio trapo con que la tabernera limpiaba las mesas, secándose con presteza el rostro. El olor nauseabundo de aquella tela le recordó el sabor agrio del mal vino de las tabernas. En un santiamén, recorrió el lugar buscando a su interlocutor.

En una mesa apartada de la muchedumbre se encontraba el sujeto que estaba buscando. Su sombrero le tapaba más de la mitad de la cara y empuñaba con la mano derecha la espada, por si la necesitaba en cualquier instante. La otra mano sujetaba una gran jarra de cerveza. Detrás de él, en una mesa contigua, cuatro escoltas cubrían las espaldas del misterioso caballero.

Lentamente, con paso firme y seguro, se fueron acercando, mientras los defensas se levantaban y se ponían en guardia. Los extraños visitantes también echaron mano a sus aceros, por si las moscas.

Los dos bandos estaban formados por antiguos soldados ya licenciados y venidos de Flandes. Bravucones, pendencieros, matachines, matones y asesinos a sueldo del mejor postor. Una joya de hombres.

—¡Teneos! Si es que tenéis aprecio a vuestra vida —amenazó uno de los hombres que guardaban celosamente tras de sí a su señor.

—Vos, tal vez, tampoco tengáis aprecio a la vuestra si seguís en ese brete —contestó su oponente, tocando el pomo de su espada.

El silencio se podía masticar. El local en aquellos momentos no estaba muy concurrido, y las pocas personas que se encontraban allí se apresuraron a levantarse, dejando sitio por si surgía alguna pelea. Otros, muy despacio, fueron acercándose a la puerta, poniendo pies en polvorosa en cuanto la cruzaron. La mesonera y el dueño se parapetaron detrás del mostrador con cara de miedo y de espanto; temían por su vida y por los destrozos que pudieran causar esos individuos.

Los guardias hicieron ademán de lanzarse a la lucha, pero el caballero levantó la mano, y sus hombres volvieron a sentarse.

—Acercaos —ordenó tajantemente a los dos sujetos.

—Señor, aquí traemos el pergamino que nos solicitó. Decíles a vuestros hombres que guarden la compostura; o me veré obligado a defenderme si no quitan las manos de sus afiladas y lustrosas roperas. Que aunque la mía no tenga finas piedras en su empuñadura, sí tiene un filo que no desmerece a las suyas.

—Déjese de bravuconadas y termine el trabajo que se le encomendó.

—Sea, y acabemos con esto de una vez.

Despacio, el enigmático hombre, sin prisa alguna, depositó la jarra de cerveza lentamente en la mesa, y con la misma mano, y sin soltar con la otra el acero, se levantó dirigiéndose hacia aquel soldado fiero forjado en los Tercios de Flandes, y mirándole fijamente a los ojos a escasos pasos de él, le espetó con templanza y valentía:

—¿Me imagino que la voz de los testigos quedaría sellada para siempre?

—Así es, señor. Sin lugar a dudas, así fue. Revolvimos muchas dependencias para que todo pareciera un robo de unos desalmados, y nadie pudiera pensar que fue de otra forma —respondió con seguridad, mientras una mueca se cernía sobre su ojo izquierdo.

—Seguro que algún que otro capricho se llevarían de la casa.

—Naturalmente, no íbamos a dejar pequeñas bagatelas sin llevárnoslas. Así parecerá más real el robo —afirmó el ladronzuelo mirando a su compinche y riéndose sonoramente.

—Ya me imaginaba yo.

Aquellos individuos decidieron no revelar que, al llegar, una criada había rebanado el cuello al religioso de la Santa Inquisición. Era mejor callar y que creyese que ellos habían hecho todo el trabajo sucio encomendado. Tampoco contaron nada de la joven a la que vilmente asesinaron. No había testigo alguno en la casa.

Pero lo que nunca llegaron a saber era que una mujer guardaba celosamente aquel misterioso pergamino y la auténtica historia de aquella noche. Tampoco supieron que ella tenía el documento original que podría destruir al ser más despreciable que se había cruzado en su vida.

—Eso espero, por el bien de todos y especialmente por el de vos —contestó el caballero.

Con una leve seña con la cabeza, ordenó a uno de los cuatro rufianes que estaban detrás de él que le entregara la bolsa con el dinero pactado. El espadachín se la lanzó con desprecio y una sonrisa burlesca. El otro individuo la atrapó con seguridad en una sola mano. Comprobó el contenido, y sonrió complacido, haciendo una reverencia con el empapado sombrero al siniestro individuo que le había encargado el sucio y vil trabajo. Retrocediendo sin dar la espalda, indicó a su compañero de armas y fechorías salir de allí.

—Rematad el trabajo —ordenó el cabecilla a sus hombres.

—Sea, mi señor Ramiro.

Al pronto, se oyeron unos cuantos disparos y ruidos de espadas al chocar. Después, silencio. Ahora ya no había testigo alguno que pudiera arruinar sus planes.

La noche era lluviosa, y marcaría el inicio de una venganza que sería recordada durante largo tiempo.

Ramiro de Normandía era un hombre delgado, de cabello oscuro y ralo, de tez morena, con un rostro penetrante, barbilla puntiaguda,

con varios cortes en la cara que disimulaba bajo la barba y el mostacho, perfectamente arreglados. Sabía lo que era jugarse el tipo en cualquier situación, y que por una cantidad respetable y pactada con anterioridad, daba muerte a quien fuese necesario. Aquel hombre de mirada penetrante se levantó pausadamente, se colocó el sombrero, estiro su capa, y puso su mano sobre el puño de la espada, saliendo de la fonda fielmente guardado por su guardia de confianza.

Cuatro hombres montaban en un carro los cuerpos de quienes hacía escasamente unos minutos le habían traído tan importante documento, y por el que habían perdido la vida.

—Capitán, su bolsa —le entregó uno de sus lacayos.

Ramiro de Normandía la tomó, y les arrojó un puñado de monedas, saliendo apresuradamente con dirección a Madrid con el pergamino falso en sus alforjas.

La lluvia había cesado; pero no la barbarie, ni la ira de los hombres de Dios. Esa noche, Satanás caminaba por las calles empapadas de Madrid, y la mujer que horas antes asesinara al abate, después de comprobar que todo estaba tranquilo, se dirigió a un pequeño bosque, en donde la esperaba un carruaje que la conduciría a su destino.

Ya en el interior, se abrazó a la niña que la aguardaba, ordenando al cochero que emprendiera la marcha; y con una sonrisa diabólica en su rostro, a pesar de una enorme tristeza por la pérdida de su amiga y compañera, que seguía lacerándola el alma, lloró con compasión por ella. Su conciencia la culpaba por haberla llevado, y por dejarla tirada como un perro junto a aquel mal llamado hombre de Dios. Su estrategia estaba en marcha. Nadie, ni nada, podría frenarla, y su venganza sería aún más intensa después de lo sucedido.

Camino del Alcázar, en la oscuridad de la noche de un Madrid que imploraba justicia, se perdía el sonido de los cascos de los caballos y el rechinar de las ruedas del carruaje.

2

Comenzando a caminar

«El Señor os quiso honrar
por tan eminente modo,
que aquel que lo manda todo,
de vos se dejó mandar».

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1648-1695)

Espero gusten vuestras mercedes de la historia y las peripecias que próximas les voy a relatar, y que con ellas se regocijen y la puedan disfrutar. No se muevan de sus asientos, quien los haya pagado bien, y presten mucha atención.

¿Qué quién soy yo? Un pobre diablo, que como podéis observar, viste y calza de lo más humilde, que va de pueblo en pueblo, de villa en villa, de camino en camino, contando sucesos que muchos de ellos son muy ciertos, y otros, no son tan verdad. Esto lo hago sin malicia, tan solo para aderezar el regocijo del exigente público de nuestra Corte de Madrid, en sus amplios mentideros. Son relatos inventados, y en ocasiones tan creíbles, que hasta yo mismo no veo la línea que separa la verdad del cuento. Así es mi trabajo, contar historias a cambio de unas pocas monedas o algo de comer, que mate el gusanillo devorador que siempre llevo dentro.

¿Mi nombre? Manolillo, me llaman, «El trovador»; Manolillo el trovador, para servir a Dios y a vuestras augustas y generosas señorías.

No crean vuestras respetables mercedes que siempre fui de lugar en lugar, haciendo canciones y contando historias por unas míseras monedas. No, augusto público. Aquí donde me ven, fui juglar, poeta culto, que frecuentaba la lectura y escribía en latín, literato en lengua romance, y vivía en palacios y casas señoriales de toda Castilla, en donde se peleaban para que yo fuera a sus moradas y los entretuviera con mi canto y mis poemas.

Pero ahora, y por el encantamiento de una mujer tan bella, que hasta los peces salían de los estanques y los ríos para contemplarla, caí en desgracia. Una noche, su viejo e improductivo marido nos pilló en una situación poco decorosa en sus aposentos, en su cama, conmigo encima de la bella Rosaura. Solo pude salir con lo puesto: los calzones y las botas en las manos. El viejo y decrépito marido, que no satisfacía a su linda esposa, se preocupó mucho de ir de casa en casa, avisando a los grandes señores de mi fea costumbre de ir saltando de lecho en lecho.

Me veo en la calle, contando historias y leyendas, por mi mala cabeza y por no saber domar al diablillo que llevo entre las piernas. Pero no quiero yo parecer o ser el protagonista de esta retahíla de gestas acaecidas a finales del siglo xvii de nuestro Señor, sino contarles la leyenda de los verdaderos protagonistas de tan noble historia.

Ahora, vuestras señorías, abran bien los ojos y limpien comedidamente sus oídos. Escuchen vuestras mercedes lo que ocurrió en esos días.

El rey don Carlos II, perteneciente a la dinastía de los Austrias, llamado por el populacho de Madrid «El Hechizado», hijo y heredero de Felipe IV rey de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y duque de Milán, apodado «El Grande», o como también se le conocía «el Rey Planeta», y de doña María Ana de Austria, era un individuo con un carácter enfermizo, padeciendo frecuentes ataques de epilepsia, y

nacido con una patología genética desastrosa, que solo afecta a los hombres. Dicha enfermedad aqueja el crecimiento testicular y la reducción de las gónadas de manera significativa, lo que da como resultado una dificultad para la procreación de un heredero. Era un monarca que no podía convencer a nadie para controlar las Españas. Sus inquebrantables problemas de salud inquietaban preocupantemente, pues tenía a toda la villa turbada por su duración, y por la angustia de ver fuera del reino a los Austrias, y más aún, por la evidencia de que los Borbones se hicieran con la corona de España sin que nadie lo remediara.

Carlos II, en 1665, y con tan solo cuatro años, sucedió a su padre Felipe IV, heredando el título de rey de España, quedando al frente del Imperio Español, que se extendía por medio mundo. Hasta 1675, su madre, doña María Ana de Austria, ejerció la regencia, confiando el gobierno al jesuita Hithard y a Fernando de Valenzuela. A los dieciocho años, el rey se casó en primeras nupcias con doña María Luisa de Orleans, en Quintanapalla, cerca de Burgos. Y como era de esperar, no tuvo descendencia; ya que, como se decía vulgarmente en la Corte, no podía cumplir con sus deberes viriles, pues «el rey tenía constipadas sus partes».

A los pocos años, y con gran penar de nuestro monarca, María Luisa de Orleans falleció. Algunos dicen que de muerte natural, otros de un envenenamiento. El rey estaba muy triste; la terrible pérdida de la reina le causó lágrimas y recuerdos ingratos. No salía de sus aposentos. Su penosa vida se volvió mucho más cruenta, gris y despiadada. El monarca, que amaba a su esposa con pasión, visiblemente afligido por tan gran pérdida, se encerró en el palacio del Buen Retiro, hasta que terminaron las exequias. La guarda mayor de la soberana, ayudada por varias mujeres, la vistió con el hábito completo de Nuestra Señora del Carmen, pues la reina difunta había sido gran devota de la Virgen. La duquesa de Albuquerque, camarera mayor, les comunicó a los seis monteros de Espinosa que les entregaba el cuerpo de la

reina para que la velaran y custodiaran en el «Salón Dorado», como era la costumbre. En todo Madrid se ofrecieron misas por el alma de María Luisa de Borbón y Orleans.

Tal era la desazón del monarca y su congoja, que hasta se llegó al monasterio de El Escorial, a despedirse de Lisi, su amada, tal y como él la llamaba en la intimidad. El monarca hizo abrir el pudridero en donde se encontraban los restos mortales de María Luisa, que escasamente llevaban un mes, y por uno de los agujeros del féretro de plomo, pudo ver a su amor.

Posteriormente, Carlos II contrajo matrimonio en segundas nupcias con la actual reina, doña Mariana de Neoburgo, hija de Felipe Guillermo de Neoburgo, elector del Palatinado, conde Palatino de Neoburgo y duque de Jülich y Berg. En los mentideros de Madrid dijeron que era una mujer presuntuosa, materialista y bastante arrogante. Físicamente, no era muy atractiva: alta, delgada, bien formada de cuerpo y pelirroja. Dicen que la eligieron por ser una buena hembra para parir: su madre había tenido ni más ni menos que veintitrés hijos. Además, la hermana mayor de Mariana, Leonor, era esposa del emperador Leopoldo I, lo que a su vez estableció una buena relación con el linaje de los Austrias. No es que fuera una mujer muy querida por el pueblo de Madrid. La tachaban de ladrona, de llevarse el dinero de las arcas reales y enviarlo a su familia en repetidas ocasiones y sin ningún miramiento, a pesar de la escasez de fondos del reino.

Se comentaba incesantemente por palacio que Mariana había fingido once embarazos, respaldada por su camarera mayor, la baronesa viuda de Berlips, doña María Josefa Gertrudis Böhl Von Guttenberg, también llamada en tono de mofa por los madrileños «La Perdiz». Mujer que a menudo influyó en la decisión titular del trono con el respaldo de la reina.

Por los rincones de Madrid iban y venían todo tipo de habladoras sobre esos rumores. Hasta algún que otro poema de las intrigas que esta mujer mantenía en la Corte.